

» Ven libertad á presidir nuestras solemnidades y á gozar de nuestras brillantes hazañas. Los Alpes han encorbado sus cabezas y no han podido defender á los reyes: el Eridano da cuenta al mar de nuestras rápidas conquistas. ¡Qué de encantos tiene Baco cuando está coronado de laureles!

» El Adda presenta sobre sus devoradores abismos un puente circuido de rayos: el mismo Marte se detiene admirado al verlo; pero nuestros Alcides se precipitan y atraviesan aquel canal de fuego. La victoria empalidecía al ver tanta intrepidez. ¡Qué de encantos tiene Baco cuando está coronado de laureles!

» Nada resiste al esfuerzo de un pueblo libre, ni las rocas, ni los torrentes, ni el destino: el Sur espanta al Norte con los golpes con que se estremeció el Tiber. Hemos roto el equilibrio de las balanzas de Pitt. ¡Qué de encantos, etc!

» Rival del fuego y del viento el soldado francés triunfa á la carrera: semejante al rayo que vuela, derriba al águila y hace caer del capitolio al déspota sagrado. ¡Qué de encantos, etc!

» Respirad, mármoles de Paros animados por el buril de nuestros Praxiteles: Musas, cantad himnos de nuestros héroes, acompañándolos con vuestras líras inmortales. Los nuevos triunfos exigen nuevos himnos. ¡Que de encantos, etc!» (a) (1).

Tirteo desplegó en el segundo canto guerrero que estampamos á continuación, todos los recursos de su numen. Patético y elevado á un mismo tiempo parece que gime por la patria ó se inflama por ella con todo el ardor de la guerra. Para excitar al jóven en defensa de su país, invoca todas las pasiones y pone en movimiento todas las fibras del corazón. Un canto parecido á este debió ser el que hizo volver por tercera vez á la carga á los lacedemonios vencidos, y les dió por último la victoria á despecho de la suerte.

## SEGUNDO CANTO GUERRERO.

(b) «¡Que bello es morir combatiendo en primera fila por la patria! No hay calamidad que pueda compararse con la del ciudadano que tiene que abandonar su país. Lejos de los deliciosos sitios que le vieron nacer, tiene que andar errante, mendigando un pedazo de amargo pan en tierra extranjera, con su madre querida, con su padre abrumado de años, con su jóven esposa, y con sus tiernos hijos en brazos. Objeto del desprecio de los hombres se va viendo lentamente devorado por la abominable miseria. Su nombre se envilece, sus formas, tan gallardas en otro tiempo, se han desfigurado: una ansiedad insufrible, una enfermedad desconocida se va apoderando de su pecho. No tarda en perder toda idea de pudor, y su frente ya no se sonroja. ¡Ah! sepamos morir por nuestra patria, por nuestra familia y por la libertad. Héroes espartanos, combatamos estrechamente unidos. Nadie de nosotros se deje dominar del temor ni se entregue á la fuga. Pródigos de vuestra vida precipitad con generosa resolución sobre el enemigo. Guardaos de abandonar á esos ancianos, á esos veteranos, cuyas rodillas están ya endurecidas por la edad. ¡Qué ignominia si el padre cayera en la refriega antes que el hijo! ¡Qué ignominia sería el verle agitarse por el suelo con su cabeza cana y sus barbas blancas, y cuando el enemigo viniera á despojarle, acudir con sus manos á cubrir su ensangrentada desnudez! Ese anciano es enteramente parecido á los jóvenes guerreros; en su frente brillan aun las flores de la adolescen-

(1) PELT., *Diario*, núm. 60, p. 484.

(a) Este canto es verdaderamente una cosa vulgar, y es tanto más chocante su vulgaridad por estar colocado entre esos dos admirables cantos de Tirteo.

(b) *Poet. Minor. Græc.*, p. 441.

cia. Durante su vida ha sido objeto de adoración de las mujeres y de los hombres, y después de muerto se le ha concedido el honor de una corona. Espartanos, marchemos, pues, contra el enemigo. Marchemos con paso seguro; guarde cada héroe su puesto y muerda sus labios.»

El himno de los marseleses (2), no carece enteramente de mérito: su compositor tuvo el gran talento de comunicarle entusiasmo sin parecer ampuloso. Además esa oda republicana no perecerá porque representa una época de la revolución, y fueron tantas las veces que repitiéndola, consiguieron victorias los franceses que nada mejor puede hacerse que colocarla al lado de los cantos del poeta que hizo triunfar á los lacedemonios. De aquí podemos sacar la triste consecuencia de que en todos tiempos los hombres han sido como una especie de máquinas que se han dejado degollar por palabras.

## HIMNO DE LOS MARSELLÉSES.

«Marchemos, hijos de la patria, ya ha llegado el día de la gloria. Contra nosotros se ha levantado el sangriento pendón de la tiranía. ¿No ois mujer por la campiña á esos feroces soldados? Vienen á degollar á nuestros hijos y á nuestras compañeras hasta en nuestros propios brazos.

¡A las armas, ciudadanos! Formad vuestros batallones: queden nuestros campos bañados de sangre impura.

## CORO.

Marchemos, queden nuestros campos bañados de sangre impura.

«¿Qué pretende esa horda de esclavos, de traidores y de reyes conjurados? ¿Para quién son esos grillos y esas cadenas preparadas desde hace ya tanto tiempo? Para nosotros, franceses, ¡ah! ¡Qué ignominia! ¡Qué arrebatos de furor no deben excitar! ¡Somos nosotros los que ellos se atreven á pensar reducir á la antigua esclavitud!

¡A las armas, ciudadanos! etc.

«¿Cómo! ¡Las legiones extranjeras darían la ley en nuestros hogares! ¡Cómo! ¡nuestros antiguos guerreros serían vencidos por esas turbas de mercenarios! ¡Gran Dios! ¡Nuestras frentes se doblarían al yugo que les impusieran unas manos cargadas á su vez de cadenas! ¡Serían unos infames déspotas los dueños de nuestro porvenir!

¡A las armas, ciudadanos! etc.

«Temblad tiranos, y vosotros traidores, que sois el oprobio de todos los partidos. Vuestros parricidas proyectos no tardarán mucho en recibir su merecido. Todos somos soldados para batirnos contra vosotros: si nuestra juventud llegara á sucumbir, vereis que del seno de la tierra brotarán otros á punto de medir sus armas con las vuestras.

¡A las armas, ciudadanos! etc.

«Sagrado amor de la patria conduce y da esfuerzo á nuestros brazos vengadores. ¡Libertad! ¡libertad adorada, combate en auxilio de sus defensores: Haz que al eco de su varonil acento corone nuestros estandartes la victoria, y que tus enemigos al morir presencien tu triunfo y nuestra gloria.»

¡A las armas, ciudadanos! etc.

(2) Creo que el autor de este himno se llamaba Mr. de l'Isle; pero no era el traductor de las *Geórgicas*. Adviértase por esta nota cuán poco exactas eran las noticias que se tenían en Inglaterra acerca de la revolución francesa; pues no es la poesía, como allí se decía, sino la música, lo que asegura la inmortalidad de este himno. Para coronar tan extravagantes paralelos no me faltaba más que comparar el canto de los libertadores de la Grecia con el epitafio de Marat. (N. ED.)

En las solemnidades patrióticas de Lacedemonia los ciudadanos cantaban á coros.

## LOS ANCIANOS.

En otro tiempo fuimos jóvenes, valerosos y atrevidos.

LOS HOMBRES QUE ÉSTABAN EN EL VIGOR DE LA EDAD.

Ahora lo somos nosotros, y se lo podemos probar al primero que se presente.

## LOS NIÑOS.

Nosotros lo seremos algún día, y os llevaremos mucha ventaja (1).

De aquí sin duda tomaron los franceses la idea de la estrofa de los niños añadida al himno de los marseleses, que decía:

«Nosotros entraremos en la carrera cuando nuestros hermanos mayores habrán dejado de existir, y en sus cenizas encontraremos la huella de sus virtudes. Menos deseosos de sobrevivirles que de participar de su gloria, nos cabrá el orgullo sublime de vengarlos ó acompañarlos en la tumba (2).»

Si en este pasaje llevan al parecer alguna ventaja los franceses, hay que tener presente que en Esparta hablaba el ciudadano y en París el poeta.

Concluiremos este artículo por los versos que se cantaban en Grecia en honor de los asesinos de Hiparco, y por el epitafio que los franceses escribieron en alabanza de Marat. La miseria y la maldad humana se complacen en repetir los nombres que recuerda en las desgracias de los monarcas: la primera encuentra al obrar de este modo una especie de consuelo, y la segunda se alimenta digámoslo así de las calamidades ajenas: solo un reducido número de seres oscuros se lamentan en secreto.

## CANTO EN HONOR DE HARMODIO Y ARISTOGITON.

«Y llevaré mi espada cubierta de hojas de mirto como Harmodio y Aristogiton cuando mataron al tirano y establecieron en Atenas la igualdad de las leyes.

«Querido Harmodio, aun no habeis muerto: se asegura que habitais en aquellas regiones de los bienaventurados donde están Aquiles, el de los pies ligeros y Diomedes, el valiente hijo de Tideo.

«Llavaré mi espada cubierta de hojas de mirto, como Harmodio y Aristogiton, cuando dieron muerte al tirano Hiparco en el tiempo de las Panateneas.

«Querido Armodio, querido Aristogiton sea inmortal vuestra gloria en premio de haber dado muerte al tirano y restablecido en Atenas la igualdad de las leyes (3).

## EPITAFIO DE MARAT.

Marat el amigo del pueblo y de la igualdad, habiendo podido salvarse de los furros de la aristocracia, aterra con su varonil carácter al enemigo de la libertad desde el fondo de un subterráneo. Una parricida mano se atrevió á cortar la vida de este republicano que siempre fue constante objeto de persecución. En premio de su inalterable virtud, la nación agradecida trasmite su nombre á la posteridad (4).

Pido perdón al lector por haberle reproducido la idea de semejante monstruo, por medio de los miserables conceptos de ese epitafio; pero es preciso tener presente el espíritu de la época.

(1) PLUT., *in Lyc.*, traduct. J'Amiot.

(2) DR. MOORE'S *Journ.* En la festividad del Ser Supremo se añadieron otras varias estrofas para los ancianos, las mujeres, etc. Véase el *Moniteur* del 20 prairial (8 de junio), 1795.

(3) *Viaje de Anacarsis*, tom. I, p. 362, nota IV.

(4) *Moniteur* del 18 Noviembre de 1785.

## CAPITULO XXIV.

FILOSOFÍA Y POLÍTICA.—LOS SABIOS; LOS ENCICLOPÉDISTAS.—OPINIONES ACERCA DEL MEJOR GOBIERNO.—THALES, SOLON, PERIANDRO, ETC. J. J. ROUSSEAU, MONTESQUIEU.—MORAL; SOLON, THALES, LA ROCHEFOUCAULD, CHAMFORT.—PARALELO DE J. J. ROUSSEAU Y HERACLITO.—CARTA Á DARIO; CARTA AL REY DE PRUSIA.

Mientras que las bellas artes principiaban á brillar en todos los puntos de Grecia, marchaban al par de ellas la política y la moral. Habíase reunido una especie de sociedad conocida por el nombre de *Los sabios*, así como en Francia hemos visto formarse la sociedad de los Enciclopedistas. (a)

Pero los sabios de la antigüedad merecieron esa denominación porque se ocuparon exclusivamente, no de vanos sistemas, sino del bien de los pueblos, diferenciándose completamente de los sofistas que vinieron en pos de ellos y que tan parecidos son á nuestros filósofos modernos.

Al frente de los sabios figuraba Thales de Mileto, astrónomo y fundador de la escuela Jónica (5). Decía este filósofo que el agua es el principio material del universo, sobre el cual Dios había ejercido su acción (6). Fue también el primero que hizo cundir entre los griegos ese espíritu metafísico, tan inútil á los hombres, que tanto mal hizo á su país en lo sucesivo, y que andando el tiempo llegó á corromper nuestro siglo.

Chilon, Bias y Cleóbulo son apenas conocidos, Pitaco y Periandro, á pesar de sus virtudes llegaron á ser tiranos de su patria, reinando, el primero en Mitylene y el segundo en Corinto. Tal vez pensaban como Ciceron que la soberanía preexiste, no en el pueblo, sino en las grandes inteligencias.

Hé aquí las opiniones de esos filósofos por lo relativo á la mejor forma de gobierno.

Segun Solon será aquella en que la masa colectiva de los ciudadanos toma parte en la injuria hecha al individuo.

Segun Bias, aquella en que no hay mas tirano que la ley.

Segun Thales, aquella en que reina la igualdad de fortuna.

Segun Pitaco, aquella en que el mal ciudadano no puede nunca llegar al poder.

Segun Cleóbulo, aquella en que el temor de una represión es mas poderoso que la ley.

Segun Chilon, aquella en que la ley habla en vez del orador.

Segun Periandro, aquella en que el poder está en manos del mas pequeño número de ciudadanos.

Montesquieu deja indecisa esa gran cuestión. Indica los diversos principios de los gobiernos y se contenta con dar á entender que concede la preferencia á la monarquía limitada. «¿Cómo me atreveré á fallar, dice en cierto pasaje de sus obras, por lo tocante á la excelencia de las instituciones políticas, cuando en mi concepto hasta el mismo exceso de razón es perjudicial, y cuando creo que los hombres se acomodan más á los partidos medios que á los extremos?»

«Cuando preguntan, dice J. J. Rousseau, cuál es el mejor gobierno, proponen una cuestión imposible de resolver por indeterminada, ó si se quiere, porque presenta tantas soluciones buenas, cuantas combinaciones hay posibles en la situación relativa ó absoluta de los pueblos (7).

(a) Los sabios de Grecia y los Enciclopedistas. ¡Dios eterno! ¡Qué comparación!

(5) DIOG. LAERT.: *in Thal.*

(6) CIC., lib. I de *Nat. Deor.*, núm. 25.

(7) *Contrat. social.*, lib. III, cap. IX.



Pasemos á examinar la moral de los sabios: «Sea en todas las cosas vuestra guía la razón. Contemplad lo bello. En lo que emprendais tened siempre á la vista el fin (1). Hay tres cosas difíciles: guardar un secreto, sufrir una injuria y emplear bien el tiempo. Visita á tu amigo cuando se halle en desgracia, mas bien que cuando esté en una situación próspera. Guárdate de insultar al desgraciado. El oro es conocido por la piedra de toque, y el hombre por el oro. Conócete á tí mismo (2). No quieras para los otros lo que no quieras para tí mismo. La mayor de las desgracias es la de no poder sufrirlas con paciencia. No desperdicies la ocasión. Ofrece á los dioses todo el bien que hagas. No te olvides del miserable (3). Al salir de casa piensa en lo que has de hacer, y cuando vuelvas á entrar en ella, en lo que has hecho (4). No dejes escapar la ocasión (5). El placer es fugaz; la virtud inmortal. Oculta tus pesares.» (6).

Veamos ahora algunas de las principales máximas de nuestra filosofía:

«No es tan peligroso hacer mal á la mayor parte de los hombres como hacerles bien (7). Los reyes convierten á los hombres en una especie de moneda, que circula no por lo que vale, sino por el valor que le han querido dar (8). Prefiere uno hablar mal de sí mismo, á estar reducido á no decir nada absolutamente (9). Puede adoptarse que toda idea pública, todo convenio adoptado es una necesidad, pues debe haber sido conveniente solo á los mas que la propagaron (10). Los hombres de carácter débil son las tropas ligeras de los perversos y hacen mas daño que el ejército mismo (11). Preciso es confesar que para vivir en el gran mundo es necesario tener algunas facultades del alma enteramente paralizadas (12). Magnífica es la alegoría que presenta la Biblia en el árbol de la ciencia del bien y del mal que causa la muerte. ¿No querrá ese emblema decir que así que se penetra en el fondo de las cosas, la pérdida de las ilusiones causa la muerte del alma, esto es un desinterés completo sobre todo lo concerniente á los demás hombres (13)?

Solon, temiendo que los espectáculos llegaran á dañar las costumbres decía á Thespis.

«¿Toleramos vuestras mentiras? No tardaremos en verlas ingeridas en nuestros mas sagrados compromisos.»

Juan Jacobo escribía á d'Alambert, diciéndole:

Creo que de todas esas consideraciones podemos inferir que el efecto moral de los teatros nunca podrá ser bueno ni saludable en sí mismo, pues no teniendo en cuenta mas que sus propios provechos, no se encuentra en ellos ninguna especie de utilidad real que no vaya acompañada de inconvenientes de mayor consideración. Y por efecto de esa misma inutilidad al paso que el teatro no es bueno para corregir las costumbres, es muy á propósito para trastornarlas, pues como favorece á todas nuestras inclinaciones, da nuevo ascendiente á las que nos dominan. Las continuas emociones enervan nuestra sensibilidad y debilitándonos facilitan el triunfo de las pasiones; el estéril interés que tomamos por la virtud en el teatro, no sirve

- (1) PLUT. in Solon.
- (2) LAERT., lib. II, párrafo LVIII-LXIV.
- (3) PLUT., Conviv., sap.
- (4) LAERT., lib. I, párrafo LXXXII.
- (5) Id., Ib.
- (6) Id. Ibid., párrafo LXXXIX.
- (7) ROCHFOLCAULD, Max.
- (8) Id. Max. CLV.
- (9) Id. Max. CXL.
- (10) CHAMFORT., Max. etc. p. 37.
- (11) Id., Ibid.
- (12) Id. p. 36.
- (13) Id., p. 13.

Invito el lector á que lea el tomo de las Máximas de Chamfort, (que es el IV de sus obras completas), publicado por su

mas que para halagar nuestro amor propio sin estimarnos á ponerla en práctica (14).

Después de aquellos primeros sabios la historia nos presenta á Eraclito de Efeso, que al parecer fue la forma original sobre que la naturaleza modeló el alma de nuestro gran Rousseau. Lo mismo que el ciudadano de Ginebra, se educó aquel filósofo griego sin maestro, y debió únicamente al vigor de su alma todos los conocimientos científicos que adquirió (15). También comprendió la perversidad de las instituciones políticas y lamentó la suerte de sus semejantes (16); creyó que las luces eran inútiles al bienestar de la sociedad; y habiendo sido invitado á dar leyes á un pueblo, juzgó que sus contemporáneos se hallaban demasiado corrompidos (17) para poder adoptar buenas leyes: últimamente, viéndose acusado de orgullo y de misantropía se vió en la precisión de ocultarse en los desiertos (18), para librarse del odio de los hombres.

Creo que será conveniente comparar las cartas que esos hombres extraordinarios escribieron á los príncipes de su tiempo.

Dario, hijo de Hystaspes, ofreció á Heráclito su corte, á cuya invitación contestó el filósofo con esta carta.

HERÁCLITO AL REY DARIO, HIJO DE HYSTASPES, SALUD.

Los hombres huellan con el mayor desprecio la verdad y la justicia. Un insaciable deseo de riquezas y de gloria les acosa eternamente. Pero yo que huyo de la ambición, de la envidia y de la vana emulación propia de la grandeza, no iré á la corte de Suza sabiendo contentarme con poco, y gastándolo con arreglo á mi deseo (19).

AL REY DE PRUSIA.

Moitiers-Travers 30 de octubre de 1762.

SEÑOR:—Sois mi bienhechor, me dispensais vuestra protección: yo soy naturalmente agradecido, y por lo tanto quiero ver si puedo pagaros á mi modo esa deuda.

Queréis darme pan: ¿no habrá alguno de vuestros vasallos que lo necesite?

Quitad de mi vista esa espada que me deslumbra y me hiere: esta ha hecho demasiado buen servicio y el cetro está abandonado. La carrera de los reyes de vuestra ralea es vasta, y aun os hallais muy distante de la meta. Sin embargo, el tiempo pasa con rapidez, y no debéis perder ni un momento para llegar á ella. Sondead bien vuestro corazón, Federico! ¿Podéis resignaros á morir sin haber sido el mas grande de los hombres?

amigo y literato Mr. Guinguené. La sensibilidad, el estilo original y la profundidad de los pensamientos, hacen que esa obra sea una de las mas interesantes y buenas de este siglo. Los que han conocido á Mr. Chamfort saben cuán grato era oír su conversacion animada de curiosísimas anécdotas que desgraciadamente no aparecen en la última publicacion de sus obras sin duda por efecto de la casualidad de que habla Monsieur Guinguené. Muchas veces me he admirado de que un hombre que tan profundo conocimiento tenia del corazón humano, hubiese podido adoptar con tanto calor ningun partido político. ¿Ignoraba que todos los gobiernos son parecidos, y que las palabras REPUBLICANO Y REALISTA no dicen en resúmenes cuentas mas que una sola cosa? Ah! demasiado tarde lo conoció el desgraciado filósofo.—Al leer esta Nota de la primera edicion, no puedo menos de admirarme de mi importunidad en comparar algunas máximas de Chamfort con las de los sabios de la Grecia, y declarar que en mi edad madura me retracto del juicio que formé en mi juventud acerca de aquel literato, cediendo sin duda al imperio que toda reputacion literaria ejercia entonces en mi ánimo.

(14) Obras completas de Rousseau; Carta á d'Alambert., tom. XII.

- (15) Heracl. ap. Diog. LAERT., lib. IX.
- (16) Id., Ibid.
- (17) Id., Ibid.
- (18) Id., Ibid.
- (19) Id., Ibid.

Ojalá pueda yo ver que Federico, el justo, Federico, el temido, llena sus Estados de pueblos, que al gozar de tal prosperidad le llamen padre! Entonces será cuando J. J. Rousseau, el enemigo de los reyes, irá á morir á los pies de aquel trono.

Dígnese V. M. aceptar mi profundo respeto (1).» La noble franqueza de esas dos cartas es digna de los filósofos que las escribieron. Pero en la de Heráclito se trasluce algo de indignacion, en tanto que la de Juan Jacobo estaba llena (a) de comedimiento. No puede uno menos de enternecerse al ver qué idéntica fue la suerte de esos dos grandes hombres que vinieron al mundo en períodos tan distantes y parecidos, estando á punto de estallar una revolucion, y siendo ambos perseguidos por sus opiniones. Tal es el espíritu dominante: no podemos sufrir nada de lo que se separa de nuestras limitadas ideas y de nuestras mezquinas costumbres. Nuestra capacidad nos sirve para fijar el límite de las de los demás: todo lo que pasa de ese límite nos ofende. «Esto está bien, esto está mal;» son las palabras que sin cesar estan saliendo de nuestra boca: ¿Qué derecho tenemos para pronunciar tan severo fallo? ¿Por ventura hemos comprendido el motivo secreto de esta ó aquella accion? ¿Sabemos acaso en medio de nuestra miserable condicion, ni lo que es bien, ni lo que es mal?

¡Ternos y sublimes talentos de Heráclito y de Juan Jacobo! ¿Qué sirve que la posteridad os haya pagado un tributo de estériles honores?... Cuando sobre esta ingrata tierra, llorabais las calamidades de vuestros semejantes, no teniais ni un solo amigo (b).

(1) Obras completas de Rousseau, tom. XXVII, página 209.

(a) No, no hay comedimiento en la carta de Rousseau; oculta en su fondo tanto orgullo como la de Heráclito. Decir á un rey: «Haced bien á los hombres y á ese precio me vereis,» es tener una reputacion demasiado elevada de sí mismo; pues el rey al hacer bien á los pueblos podia encontrar una recompensa tan bella por lo menos como la que le ofrecia el ciudadano de Ginebra. Muy justo es que el talento tenga conciencia de su dignidad y su mérito; pero se aventura á eclipsarlo quien se cree con derecho de morigerar los pueblos, ó tratar con familiaridad á los reyes. (N. ED.)

(b) He vuelto á leer las obras de Rousseau, á fin de ver si justificaban en el tribunal de mi razon madura y de mi gusto ya formado, el entusiasmo que me inspiraron en la juventud.

No he encontrado sublimidad en el *Emilio*, pero convengo en que es una obra superiormente escrita en cuanto á las formas de estilo, aunque no por lo relativo á la lengua propiamente dicha, y que en ella se encuentran páginas de rara elocuencia, aunque no debe ser considerada mas que como obra de pura teoria, y de imposible aplicacion.

En el *Emilio* se vislumbra mas la tendencia de un misantropo que la severidad de un sabio: la sociedad se ve juzgada por el amor propio ofendido: los sistemas de la época se reproducen en las mismas páginas escritas contra aquellos, y el autor declama contra las costumbres del siglo, sin poder ocultar que está plagado de ellas. La obra no es grave sino por el pensamiento, ni uniforme por el estilo: es sofisticada sin ofrecer novedad: y aunque sus ideas propenden á lo extraordinario, son sin embargo de una naturaleza bastante vulgar. En una palabra, falta la verdad en ese tratado de educacion, y ademas es inútil, porque nada apenas de lo que dice se queda grabado en la memoria.

La profesion de fe del vicario saboyano, que tanta celebridad mereció al ser publicada, ha perdido ya el interés de las circunstancias, y queda en la actualidad reducida á no ser mas que un sermón sociniano bastante pesado, sin tener nada que pueda llamarse admirable mas que la exposicion de la escena. Las pruebas de la espiritualidad del alma son buenas, pero inferiores á las presentadas por Clarke.

Rousseau en sus obras políticas, es claro, conciso, inflexible, lógico y concluyente al enlazar correlarios que con bastante frecuencia suele deducir de alguna proposicion errónea. A pesar de mostrarse tan partidario del derecho social de la escuela antigua, suele confundirlo involucrándolo con el derecho natural. Por otra parte, los gobiernos han seguido marchando, y la política de Rousseau ha envejecido.

Ultimamente Rousseau no tiene una verdadera superioridad

Investiguemos ahora las consecuencias de ese cuadro de luces que acabamos de comparar. Veamos por de pronto las diferencias que se notan en las definiciones de la mejor clase de gobierno.

Los legistas atenienses que vinieron en pos de Licurgo y Solon se anunciaron en el sentido de los modernos: la razon de esto se encuentra en el siglo. Platon, Aristóteles, Montesquieu y Juan Jacobo, vivieron en una edad corrompida y era preciso reformar los hombres por medio de las leyes, en tiempo de Thales por el contrario las leyes habian de ser reformadas por los hombres. Temo no ser entendido, y voy á explicarme con mas claridad. Las costumbres consideradas absolutamente son la obediencia ó desobediencia á ese sentido interior que nos manifiesta lo que es bueno y lo que es malo, para que obremos con arreglo al primero y evitemos lo segundo. La política es aquel prodigioso arte por medio de cual se consigue reunir en un cuerpo las costumbres antipáticas de muchos individuos. Dicho esto convendría saber lo que ese sentido interior nos aconseja, ó nos prohíbe rigurosamente. ¿Quién sabrá hasta qué punto la sociedad ha alterado ese sentido? ¿Quién sabrá si las

sobre los demás escritores, mas que en unas sesenta cartas de la *Nueva Heloisa* (que conviene leer como yo lo hago en este mismo instante á la vista de las rocas de Meillerie), en sus *Desvarios* y en sus *Confesiones*. En esos escritos campea la verdadera fuerza de su capacidad, y se eleva á una elocuencia de pasión no conocida anteriormente. Voltaire y Montesquieu encontraron modelos de estilo en los escritores del siglo de Luis XIV; Rousseau, y en cierto modo Buffon, crearon un lenguaje desconocido en aquel gran siglo.

Eso no obstante, diremos que Rousseau no es tan noble como ardiente, ni tan delicado como lleno de pasión. Por todas partes se revela el trabajo, y el autor no puede encubrirse ni aun con el vestido de amante. Rousseau es mas poético en las imágenes que en los afectos: su inspiracion proviene mas de los sentidos que del alma; participa muy poco de la divina llama de Fenelon; expresa los sentimientos profundos, pero rara vez los elevados; puede decirse que su ingenio es de una rara hermosura, pero mas bien pertenece á la tierra que al cielo.

Hay tambien una especie de escenas que se escapan al pintor de Julia y Saint-Preux: es dudoso que hubiese podido escribir novelas de asuntos caballerescos. ¿Habria tenido capacidad para idear un *Tancredo* ó una *Zaira*? No me atreveria á afirmarlo: asi como juzgando por el *Emilio*, no me atreveria á afirmar tampoco que Rousseau hubiese podido erigir un monumento imitado de lo antiguo como el que nos ha dejado el arzobispo de Cambray.

No le era dable á Rousseau escribir algunas páginas sin poner de manifiesto su educacion descuidada, y los hábitos de la inferior sociedad en que pasó la primera y principal parte de su vida. Frecuentemente confunde la familiaridad con la sencillez: si Voltaire nos hubiera hablado de sus comidas, lo habria hecho de un modo muy diferente que el marido de Teresa.

No me reprendo de mi entusiasmo por las obras de Rousseau: aun conservo en cierto modo mi admiracion hacia ellas, y sé la causa en que esta se funda: Pero si he debido admirarle como escritor, ¿qué excusa habré podido darle como hombre? ¿Cómo he podido leer sin indignacion las *Confesiones* por lo tocante á los hechos? ¿Cómo creyó Rousseau poder disponer de la reputacion de madama de Warens, inmortalizando el deshonor de su misma bienhechora! Que el ciudadano de Ginebra en el arrebató de su vanidad se crea bastante elevado para publicar sus propias faltas (modero mis expresiones), sea enhorabuena. Pero revelar las debilidades de la mujer que le habia alimentado en la miseria, de la mujer que se le habia consagrado! Presumir que podria cubrir esa odiosa ingratitud con algunas páginas de un talento inimitable; creer que prosternándose á los pies del idolo que acababa de mutilar, le devolveria sus derechos á la consideracion de los hombres, eso es combinar el delirio del orgullo con una dureza, con una esterilidad de corazón de que hay pocos ejemplos. Para excusarle me complazco en suponer que Rousseau no era siempre dueño de su razon; pero en tal caso no me inspira interés ese maníaco; reducido á semejante estado, no por una calamidad de las que no es dado al hombre librarse, sino por la incurable herida que los vértigos de su amor propio llegaron á producir en su cerebro. (N. ED.)



preocupaciones, tan propias de nuestra organización que alguna vez confundimos con la misma naturaleza, no nos hacen ver vicios y virtudes donde en realidad no las hay? ¿Qué nombre daremos, por ejemplo, al pudor, á la infamia, al valor, á la rapina? ¿Si esa voz de la conciencia no fuese ella misma... (a)? Guardémonos de sondear ese espantoso abismo. He dicho ya lo bastante para demostrar la diferencia que hay entre los publicistas de los tiempos inocentes de la Grecia y los de nuestra época: sería ocioso extenderme mas sobre este particular.

En la parte moral encontramos tambien las mismas disonancias. Los sabios consideraron al hombre bajo las relaciones que tiene consigo mismo, y quisieron que sacara su felicidad del fondo de su alma. Nuestros filósofos lo han tomado bajo el punto de vista de sus relaciones civiles, y han querido hacerle pagar sus placeres como una contribucion impuesta sobre el resto de la sociedad. De aquí nacieron los resultados de sus especies de máximas: «Respetad á los dioses, conoced á vosotros mismos; comprad de la sociedad lo mas barato que podais, y volvédselo á vender al precio mas subido.»

Eh aquí en breves palabras la suma total de esas dos filosofías: la de los buenos tiempos de la Grecia se apoyaba enteramente en la existencia del Gran Ser y la nuestra en el ateísmo. Aquella se refería á las costumbres; esta á la política. La primera decía á los pueblos: «Sed virtuosos y sereis libres;» la segunda les grita: «Sed libres y sereis virtuosos.» La Grecia con aquellos principios, llegó á la independencia republicana y á la prosperidad: ¿A dónde llegaremos nosotros marchando por el opuesto rumbo? Dos ángulos de distintos grados no pueden producir dos arcos de igual dimension (b).

Examinaremos el estado de las luces en las naciones contemporáneas, cuando hablaremos de la influencia de la revolucion republicana de la Grecia en los demás pueblos. Ahora vamos á hacernos cargo de la influencia de la Grecia sobre sí misma.

## CAPITULO XXV.

INFLUENCIA DE LA REVOLUCION REPUBLICANA SOBRE LOS GRIEGOS.—BIENES.

Los griegos y los franceses en medio de una tranquilidad profunda vivían sometidos á reyes que los pueblos durante una larga serie de años habian aprendido á respetar. Súbitamente se apoderó de aquellas naciones un vértigo de libertad: sus monarcas cayeron precipitados á puñaladas del trono. La fiebre se desarrolló con intensidad, y se declaró guerra eterna á los tiranos. Cualquiera pueblo que intenta deshacerse de sus soberanos, está seguro que no le faltaran regicidas. La propaganda cundió de Estado en Estado, y de allí á poco tiempo no quedó un solo príncipe en

(a) Yo mismo ignoro lo que quise decir al expresarme de este modo: sin duda me creí sublime por dar á entender con arreglo á las bufonías de Voltaire, que no teniendo los pueblos una misma idea acerca del pudor, del robo, etc., no sabíamos de un modo muy terminante ni lo que era vicio, ni lo que era virtud. En seguida guardé ese gran secreto en mi seno, muy orgulloso de haberme elevado á la filosofía *holvática*. Es muy justo que me adjudique á mí mismo parte de la desaprobación que ha recaído sobre esa filosofía. Sin embargo es cosa harto extraña, que sin salir de ese mismo capítulo, ataque á los filósofos del siglo XVIII sin reparar que me hablaba tambien contagiado de sus máximas.

(b) En todo este libro se echa de ver que mi razon, mi conciencia y mis inclinaciones estaban en contradicción con mi filosofismo, y que á cada paso me dejaba caer con tanto placer, como amor en el terreno de las verdades religiosas. Tambien se vé que mi espíritu de libertad corria parejas con mi espíritu monárquico. (N. ED.)

toda la Grecia (1); los franceses de nuestros tiempos juran tambien á su vez romper todos los cetros (c).

El Asia tomó las armas en favor de un tirano desaterrado (2): la Europa se ha levantado en nuestros dias para reponer á un rey legítimo en el trono. Algunas provincias de la Grecia (3) y de Francia (4) se confederaron cada cual en su época con los ejércitos extranjeros; y el Asia y la Europa y las provincias sublevadas se estrellaron á su vez contra una masa de entusiastas, que al parecer no podían ni defenderse de aquellas fuerzas reunidas: cantando el himno de Castor (5), así como los franceses la Marsellesa, los republicanos de ambos países se lanzaron á la muerte. Al grito de *viva la libertad* se consumaron prodigios, y la Grecia y la Francia pueden jactarse de presentar en su historia hechos como los de Marathon, Salamina, Platea, Fleurus, Weisembourg y Lodi (6).

Entonces tuvo lugar una época de maravillas. Siendo ambos pueblos tan ingratos como caprichosos, los atenienses redujeron á prision, desterraron ó hicieron tomar un veneno á sus generales, y los franceses los expulsaron de su país ó les quitaron la vida (7). Y no por eso se crea que las victorias interrumpían su curso: el primer hombre que se presentaba tenia tanta capacidad como el general que acababa de desaparecer. Hubiérase dicho que los talentos brotaban de la tierra. Temístocles reemplaza á Milciades, Aristides á Temístocles; Cimón á Aristides: los Dumouriez ocupan el puesto de los Luckner; Custine el de Dumouriez, Jourdan el de Custine y Pichegrú el de Jourdan.

De modo que el efecto inmediato de la revolucion en Grecia y en Francia fue: odio implacable á la monarquía, valor indómito en los combates y constancia á toda prueba en la adversidad. Pero los griegos como que conservaban su moralidad, por no haber pasado de la monarquía á la república sino despues de largos años de sufrimientos debieron obtener de su revolucion ventajas que á los franceses no les fue dado conseguir de la suya (d). La alma de aquellos se abrió deliciosamente á los halagos de la virtud. Allí el espíritu de libertad purificó la época que le habia dado nacimiento, y elevó las siguientes generaciones á una altura á que los demás pueblos no han podido llegar.

(1) Menos los Macedonios considerados como bárbaros por el resto de los griegos. Cierta Alejandro (no el Grande), tuvo que probar que descendía de Argos para ser admitido en los juegos olímpicos.

(c) He aquí uno de los pasajes que prueban cuánta razon tenían en no dejarme imprimir la obra por completo. (N. ED.)

(2) HERODOT., lib. v, cap. xcvi.

(3) *Id.*, lib. vi, cap. cxii.

(4) TURREAU, *Guerra de la Sandé*.

(5) PLUT., *in Lyc.*

(6) De todo esto se verán detalles en la guerra de los medos.

(7) HEROD., lib. vi, cap. cxxxvi, PLUT., *in Temist.*

(d) Su tono es demasiado afirmativo: me hallaba demasiado cerca de los sucesos para poder apreciarlos cual ellos merecían: todas las heridas causadas por la revolucion estaban abiertas aun: lo que habia sido destruido para siempre y lo que en lo sucesivo podría reedificarse, no formaba mas que un confuso monton de ruinas. No consideraba yo con bastante atencion la revolucion que se habia verificado en los ánimos, é ignorando que pudiera existir otra clase de libertad mas que la republicana de los antiguos, veía obstáculos insuperables para establecerla en las costumbres de mi tiempo. Treinta años de observacion y de experiencia me han hecho descubrir y anunciar esta otra verdad que llegará á ser fundamental en los sistemas políticos, á saber, que hay otra libertad, hija de las luces. A los reyes toca decidir si quieren que esa libertad sea monárquica ó republicana, y eso depende de la discrecion ó de la imprudencia de sus consejeros. (N. ED.)

Allí se combatía por una corona de laurel (1); se moría por obedecer á las santas leyes de la patria (2), el ilustre candidato que se veía rechazado de un destino público, se alegraba de que el país tuviera trescientos ciudadanos mejores que él (3); el grande hombre injustamente condenado, escribía su nombre condenándose al ostracismo (4) ó bebía cicuta (5); allí por decirlo de una vez no se adoraba mas que la virtud; mas por desgracia los misterios de su culto quedaron profundamente vedados al resto de los demás hombres.

## CAPITULO XXVI.

CONTINUACION.—MALES.

Si tal fue la influencia de la revolucion republicana sobre la Grecia considerada bajo el punto de vista de los bienes que produjo, no es menos digna de atencion por lo concerniente á los males que causó. La ambicion que constituye el carácter de los gobiernos populares, no tardó en apoderarse de las repúblicas, como sucede actualmente en Francia. No contentos los atenienses con haber librado á su patria, se dejaron dominar del furor de conquistas, y ningun país pudo tener seguridad de no ver en sus playas falanges de la Grecia. Vióse á estas recorrer rápidas como un voraz fuego las islas del mar Egeo (6) y aparecer en Egipto (7) y en Asia (8). Los pueblos que al principio quedaron deslumbrados con las gigantescas victorias de aquellas expediciones guerreras, fueron poco á poco despertando de su admiracion cuando echaron de ver que los griegos al haberse declarado libres, pretendían encadenar el resto del universo y que no se dejaban llevar sino del espíritu de conquista. (9) Gradualmente se fue formando contra ellos una masa colectiva de odio (10), como esas bolas de nieve que habiendo salido primeramente de la mano de un niño, adquieren rodando sobre sí mismas una monstruosa magnitud. Por otra parte los atenienses enriquecidos con los despojos de las demás naciones (11) principiaron á perder el elemento del gobierno popular, la virtud (12) No tardaron en resonar las plazas públicas con los gritos de los demagogos y los facciosos (13), dando lugar á que estallaran las disensiones mas funestas. Aquellas pequeñas repúblicas tan unidas en tiempo de la desgracia, se dividieron al gozar dias prósperos, y cada cual quiso ser la dominadora de las demás. Por todas partes (14) se encendieron guerras crueles sostenidas por el oro de la Persia, mas poderoso que las armas, y para colmo de infortunio, el espíritu humano libre de toda ley por influencia de la revolucion produjo á un mismo tiempo todas las obras maestras de las artes y todos los sistemas disolventes de la moral y la sociedad. Una multitud de sofistas se empeñaron en derrocar á Dios de su trono, y enseñaron públicamente el ateísmo (15) ó publicaron nuevos planes de república, y numerosísimos tratados acerca de los verdaderos principios de la libertad (16). En medio de esta confusion aparecieron Filipo y Alejandro.

(1) PLUT., *in Lyc.*

(2) PLUT., *in Arist.*

(3) PLUT., *in Phœd.*

(4) PLUT., *in Them.*

(5) TUCIDID., lib. i, cap. cx.

(6) PLUT., *in Them.*

(7) *Id.*, *in Aristid.*

(8) PLAT., *in Phœd.*

(9) DIOD., *Sic.*, lib. ii, p. 47.

(10) PLUT., *in Cim.*, p. 489.

(11) *Id.*, *ibid.*

(12) TUCIDID., lib. i, cap. ci.

(13) *Id.*, *ibid.*

(14) PLAT., *de Leg.*, lib. iv, p. 706.

(15) ARISTOT., *de Rep.*, lib. v, cap. iiii.

(16) Por no multiplicar citas aconsejo al lector que por lo

## CAPITULO XXVII.

ESTADO POLÍTICO Y MORAL DE LAS NACIONES CONTEMPORÁNEAS EN EL MOMENTO DE LA REVOLUCION REPUBLICANA DE GRECIA.—CONSIDÉRASE ESTA REVOLUCION EN SUS RELACIONES CON LOS DEMÁS PUEBLOS. CAUSAS QUE RETARDARON Ó ACELERARON SU INFLUENCIA.

Es difícil trazar un cuadro de las naciones conocidas en el momento de la revolucion republicana de Grecia, estando la historia de esa época llena de oscuridades y de fábulas. Sin embargo, voy á hacer el ensayo de dar una idea general al lector.

Por de pronto consideraremos esos pueblos, separadamente, y luego los veremos obrar de consuno al tratar de la Persia en tiempo de la guerra Médica. Tomando nuestro punto de partida del Egipto, dirigiéndonos al Sur, y describiendo un círculo por el Oeste y el Norte volveremos á la Persia, para terminar nuestras observaciones en Oriente en el mismo punto donde principiámos. Colocados en Atenas como en un centro, seguiremos los radios que desde allí van á parar á los pueblos colocados en los diversos grados de esa vasta circunferencia.

## CAPITULO XXVIII.

EL EGIPTO.

Cuando fue destruida en Atenas la tiranía, el Egipto no era mas que una provincia de la Persia, de manera que se vió expuesta como el resto de los países que la componían á toda la influencia de la revolucion griega. Trataremos por lo tanto de su historia en general cuando hablaremos del imperio de Ciro, y aquí no examinaremos mas que algunas de las circunstancias que le son particulares.

Desde la época mas remota habian los Egipcios estado sometidos á un gobierno teocrático, (17) y así como los pueblos de la India de donde probablemente se deriva su origen (a), estaban divididos en tres clases inferiores, á saber: de agricultores, de pastores y de artesanos. (18) Todo particular estaba obligado á seguir en la clase en que habia nacido, la profesion de sus padres, sin que el talento ni el estudio pudieran elevarlo á otra gerarquía superior. ¿Mas qué digo? Ni aun esto es bastante. En aquel país de esclavitud, el espíritu debia gemir bajo cadenas mucho mas pesadas aun: el artista no podia seguir mas que una línea de sus estudios, ni el médico mas que una rama de la ciencia (19).

Mas al redoblar los lazos de la ignorancia en rededor del pueblo, sus caudillos habian tenido tambien buen cuidado de atarlo con los vínculos de la moral. No ignoraban que es inútil poner trabas al genio para evitar las revoluciones, si al mismo tiempo se halaga á los vicios que conducen á un idéntico resultado por distinto camino. El respeto á la religion y á las leyes (20) el amor á la justicia, y la virtud del agradeci-

tocante á la época á que se refiere este capítulo, lea alguna historia general de Grecia, y verá una admirable semejanza con lo que en estos tiempos modernos ha ocurrido en Francia. Verá ciudades tomadas y saqueadas sin misericordia; pueblos forzados á pagar enormes contribuciones; neutralidad de las potencias violadas, naciones obligadas á seguir por fuerza la causa de los atenienses; y por último, verá la insolencia é injusticia en su mayor altura. Ocasión hubo en que los atenienses, insultando á los embajadores de los demás pueblos, dijeron sin ningun rebozo que no conocían mas derecho que la fuerza. (Véase TUCIDID., lib. v, etc.)

(17) DIOD., lib. i, p. 63.

(a) No puede eso afirmarse absolutamente. (N. ED.)

(18) DIOD., lib. i, p. 67.

(19) HERODOT., lib. ii, cap. LXXXIV.

(20) *Id.*, lib. ii, cap. XXXVII.